



Eucaristía en la Iglesia de la Clerecía con la Cruz de los Jóvenes (II)

Queridos hermanos, queridas familias, queridos jóvenes:

La acción de gracias que brota de nuestro corazón al contemplar la Cruz podría tener hoy como modelo la siguiente bendición de la carta a los Efesios:

Damos gracias al Padre: “Él nos eligió antes de la creación del mundo para que , fuéramos su pueblo y nos mantuviéramos sin mancha en su presencia. Llevado de su amor, él nos destinó de antemano... a ser adoptados como hijos suyos por medio de Jesucristo, para que la gracia que derramó sobre nosotros, por medio de su Hijo querido, se convierta en himno de alabanza a su gloria.”

Damos gracias al Hijo: “Con su muerte, el Hijo nos ha obtenido la redención y el perdón de los pecados... El nos ha dado a conocer sus planes más secretos, los que había decidido realizar en Cristo, llevando la historia a su plenitud al constituir a Cristo en cabeza de todas las cosas, las del cielo y las de la tierra... Así nosotros, los que tenemos puesta nuestra esperanza en Cristo, seremos un himno de alabanza a su gloria.”

Y alabamos la acción del Espíritu en nosotros: “Y vosotros también... al creer en Cristo habéis sido sellados por él, con el Espíritu Santo prometido... para ser un himno de alabanza a su gloria. " (Ef1, 3-14).

Según este himno de bendición, la obra del Padre, del Hijo y del Espíritu Santo se hace real en nosotros cuando nuestra vida es un himno de alabanza a su gloria. Con esta frase, repetida tres veces, termina cada una de las partes del texto.

¿En qué forma hemos de ser un himno de alabanza a la gloria de Dios? El Evangelio de Mateo nos ha dado una respuesta primera, al afirmar: "vosotros sois la luz del mundo... Brille de tal modo vuestra luz delante de los hombres que, al ver vuestras buenas obras, den gloria al Padre que está en los cielos. "(Mt 5, 14.16).

En el texto hoy leído de la carta a los Romanos encontramos otra respuesta con matices distintos, cuando Pablo nos exhorta a presentar nuestros cuerpos "como hostia viva, santa, agradable a Dios", y añade que éste es nuestro "culto razonable ". Discernir lo que es la voluntad de Dios, lo bueno, lo que le agrada, lo perfecto, para vivir sin ajustarse a este mundo, sino transformados por la renovación de la mente, en la caridad verdadera, en el trabajo y el servicio al Señor y a los hermanos, en la esperanza, en la



alegría y fortaleza en la tribulación, y en la oración asidua, hace de nuestra vida una hostia viva ofrecida a Dios como sacrificio santo, como culto razonable a Dios y como himno de alabanza a su gloria.

Este estilo de vida es el fruto que el Señor nos ha encomendado dar en medio del mundo. Dice Jesús: "Yo os he elegido del mundo, para que vayáis y deis fruto, y vuestro fruto perdure" (Jn 15,1.6). Esta forma de vida es un modo de hacer fructificar los talentos que Dios nos ha dado.

La parábola de los talentos integra en armonía los dones recibidos de Dios, también y sobre todo su gracia para la vida nueva en Cristo, y la responsabilidad personal en el cuidado de esos dones, para que den fruto abundante.

Jesús ha dejado a los discípulos el encargo de llevar a cabo la misión que él había comenzado. A cada uno se le da responsabilidad según su capacidad; en todo caso, el Señor da un inmenso don.

La entrega inicial de los bienes a los empleados expresa la eficacia del reino de Dios, que es pequeño como un grano de mostaza y crece hasta convertirse en un árbol. La rendición de cuentas expresa la fidelidad y responsabilidad en todo lo que Dios nos ha confiado y es como una metáfora del juicio universal. Igualmente hay que tener en cuenta el aspecto ejemplar de la buena administración de los dos primeros empleados, como la actitud negativa de la conducta del empleado negligente y holgazán, que tuvo miedo y enterró el dinero de su Señor.

El tercer empleado ha sido interpretado como el tipo de las personas que rehúsan asumir la responsabilidad y la cargan sobre los otros; o como las personas que en su afán de seguridad, por temor a hacer algo mal, no emprenden nada. La parábola sería, en este aspecto, una exhortación a superar el poder paralizante del miedo; pretende ganar a los oyentes para un obrar animoso y sin temor ante el juicio venidero. En el contexto global de la enseñanza de Jesús sobre el reino de Dios, se podría decir que es una exhortación al amor que no tiene miedo al riesgo.

Los talentos significan no sólo las diferentes capacidades humanas. La Iglesia antigua refirió los talentos a la misma palabra de Dios y también a la diversidad de carismas de los miembros del único cuerpo de Cristo, en el sentido del capítulo 12 de la carta a los Corintios. Los dones recibidos del Señor llevan consigo tareas que él encomienda en la comunidad. Recordemos el texto hoy leído de la carta a los Romanos: *"Somos un solo cuerpo en Cristo, pero cada miembro está al servicio de los otros miembros. Los dones que poseemos son diferentes, según la gracia que se nos ha dado, y se han de ejercer así: si es la profecía, teniendo en cuenta a los creyentes; si es el servicio, dedicándose a servir; el que enseña, aplicándose a enseñar; el que exhorta, a exhortar; el que se encarga de la distribución, hágalo cota generosidad; el que preside, con empeño; el que reparte la limosna, con agrado."*



Carlos López Hernández

La eucaristía es la fuente donde día a día se actualiza la recepción de los talentos. Y a la Eucaristía hemos de llevar como ofrenda los frutos que los dones de Dios han dado en nuestra vida, al servicio de los hermanos en la Iglesia y en el mundo. Así el misterio de la cruz gloriosa es principio de vida nueva en nosotros y configura nuestra existencia como vida en Cristo. No es posible la vida cristiana sin meditación de la Palabra de Dios, sin sacramento de la penitencia y sin eucaristía dominical. De ahí brotan la verdad y el amor cristiano que nos hacen libres.

Una Iglesia auténticamente eucarística es una Iglesia misionera que ofrece al mundo lo que necesita: el amor de Dios, encontrar a Cristo y creer en Él. Nada hay más hermoso que encontrar a Cristo y comunicarlo a los demás. Nada hay más urgente y gozoso que la sacrificada tarea de la familia y de las parroquias, colegios y profesores de religión, asociaciones y movimientos apostólicos para llevar a los niños, adolescentes y jóvenes al encuentro con Cristo en la Iglesia.

Al concluir este día en comunión con el misterio de la cruz traemos al altar los frutos producidos en cada uno de nosotros y los ofrecemos al Señor como sacrificio de amor, junto con todos los talentos con que él ha enriquecido nuestra existencia y la ha convertido en himno de alabanza para su gloria. Que el Señor acepte nuestra ofrenda de amor y la haga perfecta, para que el amor de Cristo venza en nosotros todo miedo al riesgo, al compromiso apostólico, al servicio de la caridad, al testimonio público de la fe, y nos de la fortaleza necesaria para compartir con alegría sus sufrimientos.